

encontré solo en la iglesia; huí de la iglesia, y me perdí en los laberintos del convento; me representé á mí mismo en medio de aquellas tumbas, y conocí que verdaderamente estaba en el corazón del edificio monstruoso, en la parte más profunda, en el lugar más frío; y me pareció estar prisionero, sepultado en aquel gran monte de granito, y que gravitase todo encima de mí, y que por todos lados me oprimiese y me cerrara la salida; pensé en el cielo, en el campo, en el aire libre como en un mundo remoto y con un sentimiento inefable de tristeza.

—Señor,—me dijo solemnemente el guardian antes de salir, alargando la mano hácia la tumba de Carlos V.:—el emperador está ahí, tal como era cuando lo enterraron, con los ojos todavía abiertos, que parece vivo y que habla. Es un milagro de Dios que tiene su por qué.

Y diciendo estas últimas palabras, bajó la voz como por temor de que el emperador las oyese, hizo la señal de la cruz, y me precedió escalera arriba.

Después de la iglesia y la sacristía se visita el Museo de pintura, que contiene gran número de cuadros de artistas de todos los países; no ya de los mejores, que éstos se los llevaron al Museo de Madrid; pero con todo dignos de una atenta visita de medio día. Del Museo de pintura se va á la biblioteca, pasando por la gran escalera sobre la cual se encorva una desmesurada bóveda toda pintada al fresco por Luca Giordano. La biblioteca se compone de una vastísima sala adornada con grandes pinturas alegóricas, que contiene más de cincuenta mil

volúmenes preciosísimos, cuatro mil de los cuales regaló Felipe II, y de otra sala donde hay una riquísima coleccion de manuscritos. De la biblioteca se va al convento.

Aquí la imaginacion humana se pierde. Si alguno de mis lectores conoce *El Estudiante de Salamanca*, de Espronceda, acuérdesese de aquel incansable jóven que siguiendo á la señora misteriosa encontrada de noche á los piés de un tabernáculo, corre de calle en calle, de plaza en plaza, de travesía en travesía; y volviendo, y girando, y regirando, llega á un sitio donde ya no distingue las casas de Salamanca, se encuentra en una ciudad desconocida, vuelve á doblar esquinas, á cruzar plazas, á recorrer calles; y á medida que anda le parece que la ciudad se ensancha, que las calles se alargan y las travesías se cruzan más espesas; y anda todavía, y anda siempre, y anda sin descanso y no sabe si sueña, ó si está despierto, ó borracho, ó loco; y en su corazon de hierro comienza á penetrar el terror, y los más extraños fantasmas se agrupan en su mente desvanecida: tal sucede al extranjero en el convento del Escorial. Penetrais en un largo corredor, estrecho que se rozan las paredes con los codos, bajo que se da con la cabeza en la bóveda, húmedo como una gruta submarina; llegais al fondo, torceis, estais en otro corredor. Pasais adelante, encontrais puertas, mirais: otros corredores se extienden hasta perderse de vista. En el fondo de alguno veis un resplandor de luz; en el fondo de otros una puerta abierta que deja entrever una série de aposentos. De cuando en cuando

sentís rumor de pasos, os deteneis, no los sentís ya; luego volveis á oirlo, y no sabeis si es sobre vuestra cabeza, ó á la derecha, ó á la izquierda, ó detras, ó delante. Os asomais á una puerta, y retrocedeis atemorizados: en el fondo del interminable pasillo por donde corrian vuestros ojos, habeis descubierto un hombre inmóvil como un espectro, que os miraba. Echais adelante; salis á un patio angosto, cercado de muros altísimos, sembrado de yerba, sonoro, iluminado por una luz amarillenta, semejante á los patios de las brujas que nos describian cuando muchachos. Salís del patio, subís por una escalera, dais á una galería, mirais hácia abajo: otro patio silencioso y desierto. Penetrais en otro corredor, bajais otra escalera, os hallais en otro patio; luego nuevamente corredores y escaleras, séries de habitaciones vacías y patios angostos, y por todas partes granito, yerba, luz amarillenta, silencio de sepulcro. Durante un poco de tiempo os parece que lograreis volver sobre vuestros pasos; despues se os turba la memoria, y no recordais ya nada; antójaseos haber andado tres leguas, estar en aquel laberinto desde hace un mes, no poder salir nunca. Os asomais á un patio y decís:—Ya lo he visto.—No, estais equivocados; es otro. Crecis hallaros en tal parte del edificio; estais en la parte opuesta. Preguntais al guardian dónde está el claustro; os responde:—Está aquí, —y andais todavia media hora. Os parece soñar; veis de pasada largos muros pintados al fresco, adornados de cuadros, cruces é inscripciones; los veis y los olvidais; os preguntais á vosotros mismos qué

sitio es aquel. De pronto aparece una luz de otro mundo; no teniais idea de luces semejantes. ¿Es efecto del reflejo del granito? ¿es la luz de la luna? No, es de dia; pero es una luz más triste que las tinieblas; falsa, siniestra, fantástica. Yendo adelante, de corredor en corredor, de patio en patio, mirais de frente con recelo, esperando ver de improvviso, al doblar un ángulo, larga fila de frailes con la capucha sobre los ojos y los brazos en cruz; pensais en Felipe II; os parece sentir su paso lento que se aleja por los ámbitos oscuros; recordais cuanto habeis leído de él, de sus terrores, de la Inquisicion, y todo se ilumina á los ojos de la mente con súbita luz, y empezais á comprenderlo por primera vez. El Escorial es Felipe II; lo veis á cada paso, sentis su aliento, está allí todavía, vivo y espantoso, y con él las imágenes de su terrible Dios. Entónces quisiérais rebelaros, y alzar el pensamiento al Dios de vuestro corazon y vuestras esperanzas, y vencer el terror misterioso que el lugar os inspira. Imposible: el Escorial os rodea, os posee, os aplasta; el frio de sus piedras penetra en vuestro huesos; la tristeza de sus laberintos sepulcrales invade vuestra alma. Si estais con un amigo, le decís:—Salgamos;—si os acompañara vuestra amante, la estrechariais sobre el corazon con un sentimiento de temblor; si estuviérais solos, echariais á correr. Por fin subís otra escalera, entrais en nueva habitacion, os asomais á la ventana, y saludais con un arranque de gratitud los montes, el sol, la libertad, el Dios grande y bondadoso que ama y que perdona.

¡Cómo se respira en aquella ventana!

Desde allí se ven los jardines, que ocupan un espacio reducido, y son sencillísimos; pero cuanto se puede decir elegantes y hermosos, y en perfecta armonía con el edificio. Véanse doce graciosas fuentes, cada una circundada por cuatro tableros de césped que representan escudos reales, dibujados con gusto tan exquisito y redondeados con tal fineza, que mirándolos desde las ventanas parecen tejidos de felpa y terciopelo, y forman con la blanca arena de los senderos graciosísimo contraste. Ni árboles, ni flores, ni cabañas; en todo el jardín no se ven más que fuentes, cuadros de césped, y dos solos colores: el verde y el blanco. Tal es la belleza de aquella noble sencillez, que no se puede separar de allí la vista; y cuando se ha separado, el pensamiento retorna, y se detiene en ella con dulcísimo deleite templado por una especie de gentil tristeza. En una habitación inmediata á la que da sobre el jardín, me hicieron ver una série de reliquias que contemplé en silencio, sin descubrir al conserje mi íntimo sentimiento de duda: una astilla de la Santa Cruz regalada por el Papa á Isabel II, un pedazo de madera teñido con la sangre todavía visible de San Lorenzo, un tintero de Santa Teresa, y otros objetos; entre ellos un altarito portátil de Carlos V, y una corona de espinas y un par de tenazas de tortura, encontradas no sé donde. De allí me condujeron á la cúpula de la iglesia, desde la cual se goza de un golpe de vista extraordinario. De un lado se extiende la mirada por toda la campiña montuosa que corre entre el Escorial y Ma-

drid; de otro se ven las montañas nevadas de Guadarrama; abajo se abraza con una ojeada todo el desmesurado edificio, los largos techos de plomo, las torres; se ve el interior de los patios, de los claustros, de los pórticos, de las galerías; se pueden recorrer con el pensamiento los mil cruces de los corredores y las escaleras, y decir:—Hace una hora estaba allí abajo—aquí—allá arriba;—maravillarse de haber andado tanto camino; alegrarse de haber salido de aquel laberinto, de aquellas tumbas, de aquellas tinieblas, y poder regresar á la ciudad y ver de nuevo á los amigos.

Un viajero ilustre dice que despues de haber pasado un dia en el Escorial, debe uno considerarse feliz toda su vida, con sólo pensar que podria estar aún entre aquellas paredes y que no está. Es casi cierto. Aun hoy, despues de tanto tiempo, en los dias lluviosos, cuando estoy triste, pienso en el Escorial; luego miro las paredes de mi estancia, y me alegro; en las noches de insomnio veo los patios del Escorial; cuando estoy malo y duermo con un sueño turbado y penoso, sueño que ando por aquellos corredores, solo, en la oscuridad, seguido del fantasma de un viejo fraile, gritando y llamando á todas las puertas, sin encontrar salida, hasta que voy á dar de cabeza en el panteon, y la puerta se cierra ruidosamente á mis espaldas y quedo sepultado entre las tumbas. ¡Con qué placer volví á ver las mil luces de la Puerta del Sol, los cafés poblados de gente, y la calle grande y bulliciosa de Alcalá! Al entrar en casa armé tal estrépito, que la criada, que era una

buena y sencilla gallega, corrió toda afanosa en busca de la dueña y le dijo:

—Me parece que el italiano se ha vuelto loco.

Más que los gallos y más que los toros me divirtieron los diputados á Córtes. Había logrado obtener un puestecillo en la tribuna de periodistas, é iba á plantarme allí todos los días, y estaba hasta el fin con un placer infinito. El Parlamento español tiene un aspecto más juvenil que el nuestro; no porque los diputados sean más jóvenes, sino porque son más atildados y pulidos. Allí no se ven esos cabellos enmarañados, esas barbas incultas, y esas levitas de ningún color que se ven sobre los bancos de nuestra Cámara: allí barbas y cabellos alisados y lucientes, camisas bordadas, gabanes negros, pantalones claros, guantes anaranjados, junquillos con puño de plata y flores en el ojal. El Parlamento español se atiene al figurin de la moda. Y cual es el vestir, tal es el hablar: vivo, alegre, florido, chispeante. Ya nosotros lamentamos que nuestros diputados sean más cuidadosos de la forma de lo que conviene á oradores políticos; pero los diputados españoles curan de ella mucho más estudiadamente, y, conviene decirlo, con mucho mejor donaire. No sólo tienen en el discurso facilidad maravillosa, así que es rarísimo oír á un diputado que se detenga en medio del periodo para buscar la frase, sino que apenas hay quien no se esfuerce por hablar correctamente y dar á su palabra un poco de lustre poético, un poco de sabor clásico, alguna apariencia de gran estilo

oratorio. Los ministros más graves, los diputados más tímidos, los hacendistas más rigurosos, aun hablando sobre asuntos apartadísimos de cuanto puede dar aliciente á la retórica, siembran sus discursos de bellos modos de antología, de anécdotas amenas, versos famosos, apóstrofes á la civilizacion, á la libertad y á la pátria, y hablan precipitadamente, como si recitasen cosas aprendidas de memoria, con una entonacion siempre mesurada y armónica, y una variedad de actitudes y de gestos que no dejan lugar por un instante al cansancio. Al juzgar los periódicos sus discursos, elogian la elevacion del estilo, la pureza de la lengua y los rasgos sublimes, que admiran, si se trata de sus amigos, se sobreentien- de; ó por el contrario dicen con desprecio que el es- tilo es pedestre, la lengua corrompida, la forma en una palabra, esta bendita forma, inculta, innoble, in- digna de las gloriosas tradiciones de la oratoria es- pañola. Este culto de la forma, esta gran facilidad de palabra, degeneran en vanidad ampulosa; y cierta- mente que no han de buscarse en el Parlamento es- pañol los modelos de la elocuencia política; pero no es ménos cierto lo que generalmente se dice: que de todos los Parlamentos europeos, éste es el más rico en fecundos oradores, en el sentido general de la pa- labra. Preciso es oír una discusion sobre asuntos de alta política que muevan las pasiones. Es una verda- dera batalla. No son ya discursos; son diluvios de palabras, capaces de enloquecer á los taquígrafos y confundir la cabeza al auditorio de las tribunas. Son voces, gestos, ímpetus, arrebatos de elocuencia que

hacen pensar en la Asamblea francesa de los días turbulentos de la revolución. Oyese allí á un Rios Rosas, orador violentísimo, que domina los tumultos con el rugido; un Martos, orador de forma selecta, que mata con el ridículo; un Pí y Margall, anciano venerable, que aterroriza con siniestros pronósticos; un Collantes, infatigable hablador, que aplasta á la Cámara bajo avalanchas de palabras; un Rodriguez, que con maravillosa fluidez de razonamientos y de giros, estrecha, envuelve y sofoca á los adversarios; y en medio de otros ciento, un Castelar que vence y arrastra amigos y enemigos con torrentes de poéticas armonías. Este Castelar, conocido en toda Europa, es verdaderamente la expresión más completa de la elocuencia española. Lleva el culto de la forma hasta la idolatría; su elocuencia es música, y su razonamiento esclavo de su oído; dice ó no dice una cosa, ó la dice en un sentido mejor que en otro, segun que acomoda ó no acomoda al período; tiene una armonía en la mente, la sigue, la obedece; le sacrifica todo lo que pueda ofenderle; su período es una estrofa; hay que oírlo para creer que la palabra humana, sin medida poética y sin canto, pueda acercarse así á la armonía del canto y de la poesía. Es más artista que hombre político, y tiene de artista no sólo el ingenio, sino el corazón: un corazón de niño, incapaz de enemistad ó de odio. No se encuentra una injuria en todos sus discursos; no ha provocado jamás en las Cortes una seria cuestión personal; no recurre jamás á la sátira; no adopta jamás la ironía; no derrama una dracma de hiel en sus más vio-

lentas filípicas; y lo prueba el que, siendo republicano, adversario de todos los ministerios, periodista belicoso, acusador perpétuo del poder y del que no es fanático por la libertad, no se ha hecho odiar de ninguno. Por esto se goza de sus discursos y no se les teme: su palabra es demasiado bella para ser terrible; su carácter demasiado ingénuo para que él pueda ejercer una influencia política; no sabe intrigar, tramar y agitarse; no es bueno más que para el placer y el esplendor; su elocuencia es tierna cuando es más grande; sus mejores discursos hacen llorar. La Cámara es para él un teatro. Como los poetas improvisadores, para tener la inspiracion completa y serena necesita hablar á una hora dada, en un punto determinado y con un cierto tiempo libre delante de sí. Para ello, el día en que debe hablar toma sus medidas con el Presidente del Congreso; el Presidente dispone las cosas de modo que le toque la palabra cuando las tribunas están llenas de gente y todos los diputados en su puesto; sus periódicos anuncian la noche antes el discurso, á fin de que las señoras puedan procurarse billetes; tiene necesidad de espectacion. Antes de hablar está inquieto, no puede reposar un instante, entra en la Cámara, sale, vuelve á entrar, vuelve á salir, va á la biblioteca con objeto de hojear un libro, gira por los corredores, va al café á beber un vaso de agua; parece presa de la fiebre, se le antoja que no sabrá acordar dos palabras, que hará reir, que lo van á silbar; no le queda de su discurso una sola idea lúcida en la mente; lo ha confundido y olvidado todo.—¿Cómo

anda el pulso?—le preguntan sonriendo los amigos. Llegado el momento solemne, sube á su banco con la cabeza baja, tembloroso, pálido, como un condenado que va á morir, resignándose á perder en sólo un día la gloria conquistada en tantos años y con fatigas tantas. En aquel momento sus mismos enemigos sienten compasion de su estado. Se alza, tiende la vista en derredor, y dice:—Señores!—Está en salvo; su valor se refresca, su mente se esclarece, se le recompone su discurso en la cabeza como un trozo de música olvidado; el Presidente, el Congreso, las tribunas desaparecen; no ve más que su gesto, no oye más que su voz, no siente más que la llama irresistible que lo enciende y la fuerza misteriosa que lo levanta. ¡Qué hermoso es oírle decir estas cosas!—No veo ya las paredes de la sala, —dice,—veo gentes y países lejanos que no he visto jamás.» Y habla horas y horas, y ni un diputado sale del salon, ni una persona se mueve en las tribunas, ni una voz lo interrumpe, ni un gesto lo distrae. Aun cuando haga una escapatoria en las barbas del Reglamento, el presidente no tiene valor para interrumpirle; pasea al antojo la imágen de su República vestida de blanco y coronada de rosas, y los monárquicos no se arriesgan á protestar, porque, así vestida, la encuentran hermosa ellos mismos; Castelar es dueño del Congreso; truena, resplandece, canta, y centellea como un fuego artificial; hace sonreír, arranca gritos de entusiasmo; acaba entre inmenso fragor de aplausos, y se va con la cabeza en desorden. Tal es este famoso Castelar, catedrático de his-

toria en la Universidad, fecundísimo escritor de política, de arte y de religion; publicista que cosecha cincuenta mil francos al año en los periódicos americanos, individuo de la Academia española; señalado con el dedo por las calles, festejado del pueblo, amado de los enemigos; joven, gentil, vanidosuelo, generoso y honrado.

Puesto que estamos en la elocuencia política, echemos una ojeadita á la literatura.

Figurémonos una sala de Academia llena de confusión y de estrépito. Multitud de poetas, novelistas y escritores de todo género, los más de ellos con algo de franceses en las maneras y en el rostro, aunque estudiosísimos en disimularlo, leen y declaman sus obras, procurando los unos dominar la voz de los otros, á fin de hacerse oír del pueblo esparcido por las tribunas, el cual se entretiene á su vez en leer periódicos y disputar sobre política. De cuando en cuando una voz vibrante y armoniosa vence el tumulto, y entónces cien voces salen á un tiempo de un rincón de la sala gritando:—Es un carlista!—y una salva de silbidos viene detrás de los gritos; ó bien:—Es un republicano!—y otra salva de silbidos, de otra parte, sofoca la voz vibrante y armoniosa. Los académicos se tiran periódicos, gritanse uno á otro en el oído:—Ateo!—Jesuita!—Demagogo!—Neo-católico!—Resellado!—Traidor!—Tendiendo bien el oído hácia los que leen, se cogen estrofas armoniosas, períodos lindamente torneados, frases vigorosísimas: el primer efecto es agradable;

son verdaderamente poesías y prosa llenas de calor, de vida, de resplandores de luz, de comparaciones felices, tomadas de todo aquello que luce y sueña en el cielo, y sobre el mar y sobre la tierra, y cada cosa vagamente teñida de colores orientales, y ricamente ataviada de armonías italianas. Pero ¡ay! no es más que literatura para los ojos y para los oídos; no es más que música y pintura; rara vez la musa deja caer de en medio de un ramillete de flores la joya de un pensamiento, y de esta lluvia luminosa no queda más que un ligero perfume en los aires y el eco de un leve murmullo en el oído. Entretanto se escuchan en la calle los gritos del pueblo, tiros de fusil y redobles de tambores; á cada instante desierta del arcópagó algún artista y corre á desplegar una bandera entre la multitud; desaparecen de dos en dos, de tres en tres, por grupos, y van á engrosar las legiones periodísticas; el estrépito y mudar continuo de los acontecimientos distraen á los más tenaces de las obras de largo empeño, y vanamente algún solitario en la multitud grita:—En nombre de Cervantes, deteneos!—Algunas voces potentes se levantan sobre aquel griterío; pero son voces de hombres agrupados aparte, muchos de los cuales están próximos á emprender un viaje del cual no se vuelve jamás. Es la voz de Hartzenbusch, el príncipe del drama; es la voz de Breton de los Herreros, el príncipe de la comedia; es la voz de Zorrilla, el príncipe de la poesía; es un orientalista que se llama Gayangos, un arqueólogo que se llama Guerra, un dramático que se llama

Tamayo, un ingenio que se llama Fernan Caballero, un crítico que se llama Amador de los Rios, un novelista que se llama Fernandez y Gonzalez, y una legion de otros ingenios, atrevidos y fecundos, entre los cuales está viva todavía la memoria del gran poeta de la revolucion, Quintana; del Byron de España, Espronceda; de un Nicasio Gallego, de un Martinez de la Rosa, de un duque de Rivas. Pero el tumulto, el desórden y la discordia lo invaden todo como un torrente. Y para salir de alegorías, la literatura española se encuentra casi en iguales condiciones que la nuestra: una pléyade de hombres ilustres que declinan; pero que tuvieron dos grandes inspiraciones: ó la religion, ó la patria, ó entrambas, y que por esto dejaron huellas propias y duraderas en los dominios del arte, y un tropel de jóvenes que avanzan á tientas, preguntando qué han de hacer más bien que haciendo verdaderamente; vacilantes entre la fé y la duda, ó teniendo la fé sin el valor, ó inducidos por el uso á simularla sin tenerla; mal seguros aún en la propia lengua, y titubeando entre las academias que gritan:—Pureza!—y el pueblo que grita:—Verdad!;—inciertos entre las leyes de la tradicion y las necesidades del momento; olvidados de los mil que adjudican la fama, ó vituperados de aquellos pocos que la confirman; forzados á pensar de un modo y á escribir de otro, á no expresarse por entero, y á dejar que se les escape el presente para no apartarse del pasado, andando á lo mejor por entre opuestas dificultades. ¡Gran ventura lograr que el propio nombre

sobrenade un año en el torrente de libros franceses en que se vé anegado el país! De donde nace la desconfianza, primero en las fuerzas de uno mismo, y luego en el genio nacional; y de aquí, ó la imitacion que mantiene en la medianía, ó el abandono de la literatura de largos estudios y de largas esperanzas, por el fácil y más provechoso disparatar en los periódicos. Unico entre tantas ruinas se mantiene erigido el teatro. La nueva literatura dramática no tiene de la antigua ni la invencion maravillosa, ni la forma espléndida, ni aquel sello original de nobleza y de grandiosidad que era propio de un pueblo dominador de Europa y del Nuevo Mundo; ménos todavía la fecundidad increíble y la variedad sin fin. Pero, en compensacion, una doctrina más sana, una observacion más profunda, una delicadeza más exquisita, y una mayor conformidad al objeto verdadero del teatro, que es el de corregir las costumbres y ennoblecer los corazones y las inteligencias. En todas las obras literarias, además, como en el teatro, en las novelas, en los cantos populares, en los poemas, en las historias, siempre vivo y dominante el sentimiento que informa acaso más profundamente que toda otra literatura europea la literatura española, desde las primeras tentativas líricas de Berceo hasta los vigorosos himnos guerreros de Quintana: el orgullo nacional.

Aquí conviene hablar del carácter de los españoles. Este orgullo patrio es tal todavía, despues de tantas desventuras y de una tan profunda caída, que al extranjero que vive en medio de ellos le obliga á

dudar si son españoles de hace tres siglos, ó españoles del siglo diez y nueve. Pero es un orgullo que no ofende, un orgullo inocentemente retórico. No deprimen á las demás naciones para parecer á su vez más altos, no; las respetan, las elogian, las admiran; bien que dejando traslucir el sentimiento de una superioridad que en su concepto alcanza precisamente de aquella admiracion una luminosísima evidencia. Son benévolos para otros pueblos, con aquella benevolencia que Leopardi dice ser cabalmente propia de los hombres poseidos de sí mismos; los cuales, creyéndose admirados de todos, estiman á sus supuestos admiradores, por creer que así conviene á esa superioridad con que entienden que la suerte les ha favorecido. No puede haber habido en el mundo un pueblo más orgulloso de su historia que el pueblo español. Es una cosa increíble. El muchacho que os limpia las botas, el mandadero que os lleva la maleta, el mendigo que os pide limosna, alzan la cabeza y despiden relámpagos de los ojos al nombre de Carlos V, de Felipe II, de Hernán Cortés, de D. Juan de Austria, como si fuesen héroes de su tiempo, y los hubieran visto el día antes entrar triunfalmente en la ciudad. Se pronuncia el nombre de España con aquel acento con que debian pronunciar el de Roma los romanos en los tiempos más gloriosos de la república. Cuando se habla de España es proscrita la modestia, aun por los hombres de natural más modesto, sin que aparezca en su rostro el menor indicio de aquella exaltacion condenada como intemperancia del lenguaje. De todo

se hacen himnos, por costumbre, sin advertirlo. En los discursos parlamentarios, en los artículos periódicos, en los escritos de las academias, se llama al pueblo español, sin perífrasis, un pueblo de héroes, la gran nación, la maravilla del mundo, la gloria de los siglos. Es raro oír ó leer cien palabras, de quien quiera que sea y á cualquier auditorio que se quiera, sin que suene más pronto ó más tarde el estribillo obligado de Lepanto, descubrimiento de América, guerra de la Independencia, tras lo cual viene siempre una explosion de aplausos.

Justamente la tradicion de la guerra de la Independencia constituye en el pueblo español una fuerza íntima que es inmensa. El que no haya vivido poco ó mucho en España, no acertará á creer que una guerra, por afortunada y gloriosa que sea, pueda inspirar á un pueblo fé tan profunda en el valor nacional. Bailén, Vitoria, San Marcial, son para España tradiciones mucho más eficaces que Marengo, Jena y Austerlitz para los franceses. La misma gloria militar de los ejércitos de Napoleon, vista á través de la guerra de la Independencia, que echó sobre ella el primer velo, aparece á los ojos de España mucho ménos espléndida que á los de cualquier otro pueblo de Europa. La idea de una invasion extranjera despierta en los españoles una sonrisa de desdeñoso desprecio; no creen en la posibilidad de ser vencidos en su propio país. Habia que ver con qué tono hablaban de Alemania, cuando corrian voces de que el emperador Guillermo estaba resuelto á sostener por medio de las armas el trono del duque de Aosta.

Y no hay duda de que si tuviesen que sostener una nueva guerra de independencia, acaso combatirían con suceso ménos afortunado, pero con proeza y constancia iguales á las maravillosas que desplegaron entonces. El 1808 es el 93 de España; es una fecha que todo español tiene delante de los ojos escrita con caracteres de fuego; gloriánse de ella las mujeres, los mozos, los niños que comienzan á soltar la lengua; es el grito de guerra de la nación.

Esta misma altivez tienen respecto de sus escritores y de sus artistas. El pordiosero, en lugar de decir España, dice alguna vez la pátria de Cervantes. Ningun escritor en el mundo tuvo jamás en su pueblo la popularidad que goza en España el autor del *Quijote*. Yo creo que no haya un labriego, un pastor, desde los Pirineos hasta Sierra Nevada, desde las costas de Valencia hasta los collados de Extremadura, que interrogado sobre quién sea Cervantes, no responda con una sonrisa de complacencia:—El inmortal autor del *Quijote*.—España es acaso el país donde se celebran más aniversarios de grandes escritores: desde Juan de Mena á Espronceda cada uno tiene su día solemne, en el cual se ofrecen sobre su tumba tributos de cantos y de flores. En las plazas, en los cafés, en los coches del camino de hierro, por todas partes, se oye citar versos de poetas ilustres á toda clase de gente; el que no ha leído, ha oído leer; el que no ha oído leer, repite la cita como un proverbio, por haberla escuchado de otro; y cuando uno dice un verso, todos alargan las orejas. Por poco que se conozca la literatura española, pue-

de uno viajar en aquel país con la seguridad de tener siempre de qué hablar y con qué inspirar simpatía, donde quiera que caiga y á cualquiera que se dirija. La literatura nacional es allí verdaderamente nacional.

El defecto de los españoles que choca desde el principio al extranjero, es éste: que al estimar las cosas, los hombres y los acontecimientos de su tiempo y de su país, equivocan, si así puede decirse, la medida; lo engrandecen todo; ven cada cosa como á través de un lente que dilata extraordinariamente sus contornos. No habiendo tenido durante largo tiempo una participacion inmediata en la vida comun de Europa, háles faltado ocasion de compararse con los demás países, y de juzgar por sí mismos del parangon. Por esto sus guerras civiles, las guerras de América, de Africa y de Cuba, son para ellos lo que son para nosotros, no la pequeña guerra de 1860 y 61 contra el ejército pontificio ó aun la revolucion de 1860, sino la gran guerra de Crimea, la de 1859, la de 1866. De los combates, sin duda sangrientos, pero no grandes, que ilustraron las armas españolas en aquellas guerras, hablan como los franceses de Solferino, como los prusianos de Sadowa, como los austriacos de Custoza. Prim, Serrano, O'Donnell, son generales que ponen al lado de los más insignes de otros países. Me acuerdo del alboroto que causó en Madrid la victoria obtenida por el general Moriones sobre cuatro ó cinco mil carlistas. En la sala de conferencias del Congreso exclamaban enfáticamente los diputados:—Ah! la sangre española!

—Algunos decían hasta que si un ejército de trescientos mil españoles se hubiese hallado en el lugar de los franceses en 1870, hubiera corrido en derechura á Berlin. Ciertamente, no se puede dudar del valor español, que ha dado de sí tantas pruebas; pero es lícito suponer que entre carlistas desorganizados, y prusianos estrechados en cuerpos de ejército; entre soldados de Europa, para extenderlo más, y soldados de Africa; entre grandes batallas campales donde la metralla siega las vidas á millares, y combates de diez mil soldados por parte, con desigualdad grande de armamento y de disciplina, hay alguna diferencia. Lo mismo que hablan de guerra hablan de todo lo demás: no sólo el pueblo, sino la gente culta. A los escritores prodigan elogios disparatados: se llama gran poeta á muchos cuyo nombre no ha salido jamás de España; los epítetos de inenarrable, de sublime, de maravilloso, son moneda corriente que se da y se recibe sin la menor duda sobre la bondad de la liga. Diríase que España juzga y mira cada una de sus cosas más bien como un pueblo americano que como un pueblo europeo, y que la separa de Europa un océano y la enlaza con América un istmo.

Por lo demás, ¡cuán semejantes son á nosotros! Oyendo hablar de política al pueblo, parece estar en Italia. No se discute, se sentencia; no se censura, se condena; para cada juicio basta un argumento, y para hacer un argumento basta un indicio. El tal ministro? Un farsante. Tal otro? Un traidor. El de más allá? Un hipócrita. Una gavilla de ladrones to-

dos; éste ha hecho vender los árboles de los jardines de Aranjuez, aquel ha cargado con los tesoros del Escorial, el otro ha limpiado las cajas de la Hacienda, el de más allá ha vendido su alma por una talega de doblones. No les inspiran ya fé los hombres que han figurado en todas las revueltas políticas de treinta años á esta parte; áun por el pueblo menudo vaga un sentimiento de desconfianza, del cual se oye la expresion á cada paso y en cada lado:—Pobre España!—Desgraciado país!—Desdichados españoles!

Pero la exacerbacion de las pasiones políticas y el furor de las luchas intestinas no han mudado el fondo del antiguo carácter español. Solamente aquella parte de la sociedad á la cual se da el nombre de mundo político, solamente aquella está corrompida; el pueblo, bien que inclinado siempre á esos ciegos y á veces salvajes ímpetus de pasion que denuncian la mezcla de la sangre árabe con la sangre latina, es bueno, leal, capaz de sentimientos magnánimos y de sublimes arranques de entusiasmo. La honra de España es todavía una voz que hace palpitar todos los corazones. Y luego tienen maneras francas y gentiles; acaso menos finas, pero en realidad más amablemente ingénuas que aquellas por que son tan loados los franceses. En vez de dirigiros una sonrisa, os alargan un cigarro; en vez de deciros un cumplido, os estrechan la mano; y son más hospitalarios en obras que en ofertas. Con todo, las fórmulas del saludo conservan la antigua marca cortesana. El hombre dice á la mujer:—A los piés de V.—, y la mujer dice al hombre:—Beso á V. la mano.—Entre sí los hombres

suscriben las cartas con el *que besa su mano*, como de criado á señor; sólo los amigos se dicen *adios*; y el pueblo tiene su saludo afectuoso de:—Vaya V. con Dios,—que vale más que todos los besos en las manos.

Con este natural caluroso y expansivo de la gente es imposible estar un mes en Madrid sin hacerse un centenar de amigos, aunque no se les busque. Figuraos cuántos se puede hacer el que los busca. Tal era el caso mio. No puedo decir precisamente amigos; pero conocidos tuve tantos, que no me parecía ya estar en una ciudad extranjera. Aun los hombres ilustres son de facilísimo acceso, y no hay por lo tanto necesidad, como en otras partes, de una montaña de cartas y embajadas de amigos para llegar hasta ellos. Tuve el honor de conocer á Tamayo, Hartzembuch, Guerra, Saavedra, Valera, Rodriguez, Castelar, y otros muchos eminentes, cuáles en las letras, cuáles en las ciencias. A todos los hallé de una manera: abiertos, cordiales, fogosos; hombres con los cabellos blancos, pero con ojos y voces de jóvenes de veinte años; apasionados por la poesía, por la música, por la pintura; alegres, gesticulantes, sonrientes con una risa fresca y sonora. ¡A cuántos de ellos ví leyendo versos de Quintana ó de Espronceda palidecer, llorar, alzarse en pié como sacudidos por una chispa eléctrica, y mostrar toda el alma en sus radiantes miradas! Qué ánimos tan juveniles! Qué corazones tan ardientes! Cómo me complacia, viéndolos y escuchándolos, en pertenecer á esta pobre raza latina de la cual deci-